

## TRIBUNA

Adela Muñoz

Profesora de Química de la Universidad de Sevilla



**Los talibanes** son sanguinarios e intransigentes, tienen el poder que le dan sus armas y la fe ciega en una causa 'santa', pero los hombres buenos son mayoría en Afganistán

## Zakia Zaki

**E**N el Afganistán de los talibanes, las niñas que cometían el delito de aprender a leer eran azotadas con cables y alambres, y las maestras que osaban enseñarlas se arriesgaban a penas mucho más graves. En ningún momento dejó de haber escuelas femeninas clandestinas y, una vez que los talibanes fueron expulsados del poder, la escolarización masiva de niñas se consideró como uno de los grandes logros del nuevo gobierno. Pero no hace mucho se publicaba en un periódico inglés que los fanáticos ofrecen clandestinamente recompensas de 20.000 afganis por matar a un maestro y de 50.000 por matar a una maestra. El sueldo de un policía, preciado puesto al que sólo pueden acceder unos pocos, no llega a 3.500 afganis. Los talibanes saben lo que hacen: Zakia Zaki, directora de un colegio en Jabalsaraj, a 70 kilómetros al norte de Kabul, ha sido asesinada a tiros por tres hombres, mientras dormía en su casa con su hijo de veinte meses, el pasado 6 de junio.

No es este el tipo de noticias el que lleva a Afganistán a los periódicos casi a diario, sino los enfrentamientos de la fuerza multinacional de la ISAF, que llegó allí por mandato de la ONU, con los guerrilleros talibanes en una guerra de guerrillas a la que no se le ve el fin. En España la atención gira en torno al destacamento español que forma parte de esta fuerza, cuyas acciones son examinadas con lupa por el PP intentando establecer paralelismos con la guerra de Iraq. Y la izquierda más miope considera que de la infelicidad de los afganos, como de todos los males del mundo, es responsable Bush.

A pesar del fanatismo, incompetencia y marrullería de Bush y su gobierno, a los talibanes los echó del poder el ejército norteamericano. Y éste y las fuerzas de la ISAF son las que los mantienen a raya, no sin grandes dificultades. Esta situación de



conflicto permanente está generando cada vez mayor rechazo entre la población afgana e incompreensión en los países de origen de la fuerza multinacional. Por eso es difícil apreciar el sacrificio anónimo de los militares y el personal de apoyo sanitario y técnico del destacamento español, entre los que se cuentan ya varias bajas.

¿Por cuánto tiempo puede mantenerse esa situación? La inmensa lejanía de un país situado a miles de kilómetros del nuestro y de una sociedad más próxima a la Edad Media que al siglo XXI podría hacernos pensar que los hombres afganos son mayoritariamente talibanes, y que poco se puede hacer para cambiar su mentalidad. No es ése el caso; los talibanes son sanguinarios e intransigentes, tienen el poder que les dan las armas y la fe ciega en una causa santa, pero no son mayoría.

Resulta sorprendente descubrir que los

hombres afganos, incluidos los de clase social humilde, son muy aficionados a la poesía y pueden pasarse horas recitándola. Les gusta aspirar el perfume de las rosas y muchos de ellos llevan una en la boca por las calles de Kabul. Y adoran a sus madres—las temibles suegras afganas que controlan la vida familiar— hasta el extremo de que darían la vida por ellas. Por eso no pueden apoyar un régimen que las condenaría a morir de hambre si ellos, sus padres o sus hermanos murieran. Porque incluso en una sociedad tan arcaica, injusta y machista hasta la crueldad como la afgana, los hombres buenos, los que vieron impotentes cómo los talibanes agredían a sus madres, mujeres, vecinas e hijas, y huyeron en masa de esa locura, son mayoría.

Ahora esos hombres y sus familias están volviendo en uno de los mayores movimientos migratorios de la historia—ya son más de cinco millones los que han regresado— gestionado por las Naciones Unidas. Esperan encontrar un mundo mejor que el que han vivido en los campos de refugiados, cosa difícil porque el país, además de sus inmensas carencias, está controlado en gran parte por los guerrilleros talibanes. Por su parte, éstos saben que sus peores enemigos no son los hombres buenos ni las fuerzas militares extranjeras, sino el conocimiento y la razón que pueden aportar las maestras y los maestros. Por ello, esos enseñantes son más valiosos para la sociedad afgana que las carreteras, los puentes y los hospitales que tanta falta hacen.

Cada maestra afgana que consigue dar su clase es el símbolo más esplendoroso de que la razón puede vencer a la fuerza. Habrá esperanza para Afganistán si otras maestras afganas ocupan pronto el lugar de Zakia Zaki.

## LA CIUDAD Y LOS DÍAS

Carlos Colón



## Hay valores universales (y II)

**L**A historia ha demostrado que la libertad depende del equilibrio entre religión e Ilustración. Equilibrio es una palabra compleja. Solemos creer que expresa la "situación de un cuerpo que, a pesar de tener poca base de sustentación, se mantiene sin caerse" y la "sensatez en los actos y juicios", ignorando que también alude al "estado de un cuerpo cuando fuerzas encontradas que obran en él se compensan destruyéndose mutuamente", al "peso que es igual a otro y lo contrarresta" y al "contrapeso y armonía entre cosas diversas". Religión e Ilustración se necesitan para vigilarse mutuamente haciendo la una de contrapeso de la otra para contrarrestar las tendencias totalitarias de ambas.

Sin la tradición ilustrada, las religiones sucumben a la tentación de ocupar la totalidad del espacio público degradándose en integrismo o fundamentalismo. Lo sucedido en Europa antes del siglo XVIII, y aún en España en los años 30 y 40, y lo que sucede hoy en el Islam lo confirman. Sin la tradición religiosa, la razón y la soberbia tecno-científica corren el riesgo de generar horribles formas de opresión y expoliar el planeta hasta destruir-

## Tradición religiosa y tradición

## ilustrada son dos rivales—no

## dos enemigas— que se necesitan

## para hacer posible la libertad

lo. Lo sucedido en la Rusia de Stalin y la Alemania de Hitler, las actuales hambrunas africanas o los efectos devastadores de la explotación incontrolada de los recursos demuestran lo que Horkheimer expresó en su *Crítica de la razón instrumental* con contundencia: "El progreso amenaza con destruir el objetivo que estaba llamado a realizar: la idea del hombre".

Tradición religiosa y tradición ilustrada son, por ello, dos rivales—no necesariamente dos enemigas— que se necesitan para hacer posible la libertad. Porque ambas se traicionan a sí mismas sin la vigilancia crítica de la otra. Por ello comparto lo expuesto por González de Cardedal—un teólogo ilustrado— en su artículo "La prueba de la verdad" (*Abc*, 29-6-07): "¿No es posible ponernos de acuerdo en un conjunto de normas de educación y de convivencia concordes? ¿No hay unos valores universales...? Por supuesto que los hay y en una sociedad más serena que la nuestra no habría problema ninguno. (...) El estudio de la Constitución Española y las Declaraciones internacionales de derechos humanos. Solo éstos son universales. Cualquier otra cosmovisión, sea ética, antropológica o religiosa, es particular. (...) La Iglesia tiene que reconocer la legitimidad del Estado en este campo. El Gobierno tiene que aceptar sus límites y renunciar a cualquier intento de dominación ideológica. ¿No es la hora de que el Gobierno cambie el programa y en la Iglesia se acepte la asignatura?". Es la hora, ciertamente.

## LA ESQUINA

José Aguilar



## La guerra del miedo

**P**ARECÍA que le tocaba otra vez a Gran Bretaña. Como hace dos años. Como en 2001 a Estados Unidos y en 2004 a España, y en medio a Bali. Una tarde de teletipos urgentes y posteriores crónicas certificadoras nos demostró, de nuevo, que no se puede especular sobre a quién le tocará el zarpazo del terrorismo islamista. Nos puede tocar a todos. Basta con ser occidental—en su país o turisteando— o no ser suficientemente enemigo de los occidentales.

Así es como murieron ayer siete españoles, parece que catalanes y vascos. En Yemen, el hogar de la familia Ben Laden, tras hacer explosión una bomba al paso del vehículo en el que volvían de visitar un templo milenario. Víctimas de una guerra declarada unilateralmente y en cuya gestación poco han tenido que ver. ¿Acaso se les puede atribuir alguna responsabilidad porque Israel gane todas las batallas a los árabes, los palestinos se maten entre sí, soldados de la OTAN hayan ocupado Afganistán o Bush decidiera invadir Iraq?

No pongo los ejemplos al azar. Son los pretextos fundamentales que inculcan los

que mandan matar a quienes matan para aliviar su conciencia de la pesada carga de reventar un autobús de turistas, unos vagones de metro o un tren de cercanías. Con seres humanos dentro. Cuantos más mejor. Fanáticos de frenopático que dan órdenes a pobres diablos que sueñan con el paraíso y odian un mundo hostil que ni siquiera comprenden. La pobreza, otro pretexto en la medida en que Occidente les da la única posibilidad individual de superarla y en que la

de allí de donde vienen ha sido generada y sostenida por una clase dirigente corrupta, a menudo aliada con la religión más fundamentalista e intolerante.

Estaremos de acuerdo en que perder esta guerra haría retroceder a la Humanidad varios siglos, retornar a la ley del talión y restaurar a los dioses como únicos guías de la vida de la gente (a través de sus intermediarios, claro). Por eso no se puede perder, y no se va a perder. Esta pesadilla de muerte imprevisible, universal y azarosa pasará también. No estoy seguro, en cambio, de que el miedo que ahora provoca entre nosotros seamos capaces de derrotarlo a corto plazo, y eso que es algo básico: el primer triunfo del terrorismo internacional sería que cambiáramos nuestra forma de vida, redujésemos nuestras libertades, dejáramos de hacer turismo o, simplemente, aceptáramos vivir bajo el terror.

Hay que vencer también en la guerra del miedo, primer paso para ganar la otra.

→ jaguilar@gruposjoly.com